

JULIA LONDON

LAS
DEBUTANTES

Los peligros de mentir a un vizconde



Las malas lenguas de la alta sociedad inglesa estarían encantadas de saber que una dama como *lady* Phoebe Fairchild ha tenido que montar su propio negocio para salir adelante. Por eso, cuando ésta se ve obligada a coser para las hermanas de William Darby, vizconde de Summerfield, decide adoptar una personalidad ficticia y convertirse en *madame* Dupree. Phoebe descubre que su atracción visceral por el vizconde es correspondida cuando él le propone que sean amantes. A medida que crece el deseo del uno por el otro, también aumentan los riesgos ¿Conseguirá Phoebe que el vizconde la siga amando cuando descubra su verdadera identidad?

Prólogo

Bedforshire, Inglaterra 1822

William Darby, vizconde de Summerfield y barón de Ivers, recorrió los últimos dos kilómetros que lo separaban de Wentworth Hall a toda velocidad. La misiva del secretario de su padre estaba en su bolsillo, manchada de rojo a causa de la arena del desierto egipcio, oliendo a sal por su paso a través del Mediterráneo, y rota en los dobles, por la multitud de veces que la había leído.

El conde ha sufrido un grave ataque de apoplejía que lo ha dejado paralítico. Se le necesita en casa, milord.

En los seis años transcurridos desde que Will saliera de Wentworth Hall para su *Grand Tour*^[1], viaje que su padre le había recomendado hacer a un alocado joven de veintidós años, antes de que el deber y las obligaciones lo reclamaran, había recibido numerosas cartas de su progenitor. En las primeras, el conde se mostraba animado por los monumentos que Will visitaba y las aventuras que vivía y que éste siempre le relataba en la carta semanal que escribía a casa. En principio el viaje debía durar dos años, pero Will, en vez de regresar al término de ese período, como se esperaba que hiciera, prosiguió hasta la India, y fue entonces cuando las cartas de su padre cambiaron de tono. Si bien el conde continuaba disfrutando de lo que su hijo le contaba, no cesaba de recordarle sus responsabilidades para con la familia como futuro conde de Bedford, rogándole que volviera a casa.

Will siempre contestaba que lo haría, y lo decía convencido, pero invariablemente se topaba con algún compañero de viaje que alimentaba su pasión por la aventura con alguna historia sobre el Himalaya, o la búsqueda de un tesoro en África, y el joven se ponía otra vez en camino.

En el transcurso de los dos últimos años, su padre le había rogado repetidas veces que regresara y se casara, como era su obligación, para proporcionarle un heredero antes de que fuera demasiado tarde, antes de que él muriera. Expresaba su deseo de sostener a un nieto en sus brazos y Will confiaba en poder darle ese gusto, pero pensaba que aún tenía mucho tiempo por delante antes de contraer matrimonio y engendrar un hijo.

Y entonces llegó la última carta, remitida por el señor Carsdale, el secretario de su padre. A Will se la entregó en una tienda beduina su fiel criado Addison, que lo acompañaba desde que Will cumplió los dieciocho años y había recorrido el mundo con él, tanto si le gustaba como si no. Addison acababa de llegar de El Cairo en un tren beduino, llevaba puesta una kufiya^[2] alrededor de la cabeza y tenía los ojos irritados por la arena caliente del desierto. Cuando Will leyó la carta, las palabras parecieron saltar del papel por la gravedad de lo que contaban.

Por descontado, Will dejó Egipto de inmediato. Tomó la difícil ruta de los beduinos en dirección al mar, y reservó un pasaje en un barco, al que le tocó navegar por un mar tormentoso al pasar el estrecho de Gibraltar, y que a punto estuvo de costarle la vida al joven cuando la nave naufragó. Tardó tres meses en arribar a las costas de Inglaterra. Dedicó otra semana más a comprar un caballo y disponer sus cosas, enviando primero a Addison a Wentworth Hall, y otra semana más en cabalgar a través del campo empapado por las incesantes lluvias inglesas.

Por fin, Will y Fergus, el poni gales que había comprado, enfilaron la vereda hacia la magnífica mansión que había cobijado a sus antepasados durante siglos. La visión de

la casa lo reconfortó. Estaba construida en forma de H y coronada con cuatro torres. La hiedra cubría las paredes y una hilera tras otra de ventanas de casi dos metros de altura se asomaban a los bosques, al parque de ciervos y a los campos donde pastaban las ovejas y el ganado.

Tiró con fuerza de las riendas, sorprendido y desconcertado al no ver a ningún lacayo o mozo que saliera a recibirlo. Se bajó de Fergus, se echó la capa sobre el hombro y rebuscó la carta. Sujetándola en la mano enguantada, subió rápidamente los escalones de la entrada hasta llegar a la puerta. La abrió de par en par y entró de una zancada.

El vestíbulo estaba vacío. Completamente vacío. Sin muebles ni adornos. Lo único que seguía igual eran los grandes cuadros con escenas mitológicas que cubrían por completo una de las paredes. Will cruzó la entrada y subió la escalera hasta las dependencias de la familia, situadas en la primera planta. Sin embargo, cuando llegó al descansillo, se detuvo, incapaz de asimilar lo que estaba viendo. Una silla rota yacía caída de costado sobre el suelo, y la alfombra, cubierta de papeles, que parecían haber sido dispersados por el viento, exhibía una gran mancha negra, resultado de una quemadura. Las velas de los candelabros, que debían de haber permanecido demasiado tiempo encendidas, recubrían con su cera la seda de las paredes y habían goteado sobre la alfombra que tenían debajo.

Will siguió avanzando aturdido, deteniéndose a mirar en cada habitación, encontrándolas todas en las mismas condiciones. Olían a moho, como si llevaran meses sin airearse. La salita estaba llena de porquería y de libros, e, inexplicablemente, de zapatos de mujer. En el salón principal, los muebles habían sido colocados contra las paredes, y parecía como si alguien hubiera dejado a medias una partida de petanca, cuyas bolas estaban dispersas por el suelo junto a un florero hecho pedazos.

Por último, llegó a la biblioteca. Allí, los libros estaban fuera de sus estantes y apilados en diferentes formas; una

gruesa capa de polvo mostraba huellas de pisadas.

Will se volvió despacio, describiendo un círculo e intentando entender aquello y encontrar una explicación. Cuando miró la chimenea, donde se amontonaban unas mantas, vio que alguien se incorporaba de un sofá. Se trataba de una joven a la que sin duda había despertado. La chica se levantó y lo miró parpadeando. Llevaba un vestido demasiado corto para su larguirucho cuerpo, y que parecía bastante viejo, el pelo recogido con torpeza en la nuca y el único color en su pálido rostro era el azul de sus ojos. A Will le resultaba familiar, y la miró con atención.

—¿Alice?

Ella no respondió, pero estaba seguro de que era su hermana quien permanecía de pie delante de él. Tenía once años cuando se marchó de casa, una chiquilla que le seguía a todas partes y lo bombardeaba con infinidad de preguntas, o bien le pedía que la montara a caballo, o que jugara con ella en el jardín.

—¿Quién está ahí? —quiso saber una voz de hombre, rompiendo el silencio.

Al parecer, lo que Will creía que era un montón de mantas, era en realidad una persona, que se incorporó sobre los codos, tirando al hacerlo un vaso vacío, y a continuación dirigió su mirada a Will.

—Creo que es nuestro hermano —dijo Alice insegura, mirando a Will con curiosidad.

—¿Quién? —preguntó el joven, levantándose e intentando mantenerse de pie.

No fue tarea fácil. Los faldones de la camisa le colgaban hasta las rodillas, tenía el pantalón lleno de polvo y, por lo que Will pudo comprobar, el resto de su ropa formaba parte del montón de mantas. Llevaba el pelo de punta y una descuidada barba sin afeitar.

—Joshua —dijo Will, mirando a su hermano, el que le seguía en edad y que tenía catorce años cuando él se marchó—, ¿no me reconoces?

—¡Will! ¿Qué haces aquí? —quiso saber Joshua, mirándolo con atención—. ¿Quién te mandó llamar?

—¿No recibisteis mis cartas? —preguntó él moviéndose con cuidado—. ¿Dónde está todo el mundo? ¿Y los criados?

—Se han ido —contestó Joshua con un resoplido y un ademán de la muñeca—. Hace años que no se les paga. Sólo quedan Farley y Cook.

—Y Jacobs, el lacayo que cuida de padre —indicó Alice, que seguía mirando a Will con curiosidad. Permanecía tímidamente de pie, abrazándose a sí misma—. ¿Vas a quedarte aquí?

—Te aseguro que no querrás —afirmó Joshua.

Dicho esto, avanzó con paso inseguro, chocando contra una botella llena de un líquido ambarino que se derramó sobre el suelo de madera y las mantas entre las cuales había estado durmiendo, pero ni él ni Alice parecieron notarlo.

Aquello no iba bien. Todo lo contrario, estaba mal, muy mal.

—¿Dónde está padre? —preguntó Will con repentino pánico.

—¿Padre? Donde siempre —contestó Joshua—. En sus habitaciones, por supuesto.

Will no se atrevió a preguntar por sus dos hermanos menores, Roger y Jane. Se limitó a dar media vuelta y a cruzar a zancadas la biblioteca, a paso tan rápido como los latidos de su corazón. Conforme se iba acercando a las habitaciones del señor de la casa, su falta se fue haciendo cada vez más evidente: había permanecido lejos demasiado tiempo.

Llamó a la puerta con un fuerte golpe, y ya estaba a punto de hacer girar el pomo, cuando se abrió de repente. Un hombre con aspecto de oso, en mangas de camisa y con chaleco, lo miró con desconfianza.

—¿Quién es usted?

—Soy Summerfield, el hijo del conde. ¿Dónde está mi padre? El hombre pareció sorprendido, pero abrió la puerta del todo, al tiempo que agachaba la cabeza.

—Justo ahí, milord —indicó.

Will se apresuró a entrar. La habitación olía a ungüentos y a humo, las cortinas estaban echadas, excepto en una de las ventanas, por la cual entraba una débil claridad. Era suficiente, sin embargo, para ver a su padre en la penumbra.

—¡Santo Dios! —murmuró horrorizado.

El hombre estaba en una silla de ruedas. Una manta le cubría las piernas, y las manos, obviamente inútiles, reposaban sobre su regazo. La cabeza le colgaba a un lado, en un extraño ángulo.

Cuando Will se acercó a él, el conde de Bedford levantó la vista y, en aquellos acuosos ojos grises, Will vio brillar un destello de reconocimiento.

—Papá —dijo.

El conde movió los labios pero de ellos no salió ningún sonido, por lo que el joven se dio cuenta de que no podía hablar. Lo abrumó la tristeza. Todavía con la carta sujeta en la mano, cayó de rodillas y presionó la mejilla contra las consumidas rodillas de su padre. Había permanecido lejos demasiado tiempo y ninguna disculpa era suficiente.

Jamás sería suficiente.

Capítulo 1

Londres

Tres meses después

En el cuarto trasero de una pequeña tienda de Bond Street llamada Vestidos y Alta Costura de la señora Ramsey, *lady* Phoebe Fairchild se encontraba ante un montón de vestidos de seda china, terciopelo, satén y muselinas, mientras la susodicha señora Ramsey le explicaba con calma que su reputación, el futuro de la tienda y, en resumidas cuentas, su sustento dependían de la habilidad de Phoebe para entregar a tiempo los vestidos.

Cuando la escuálida y casi cadavérica mujer terminó de hablar, la muchacha estaba muda de asombro. No se le ocurría nada que decir, ninguna idea coherente, ni una sola réplica aguda.

—Si es incapaz de hacer lo que le estoy pidiendo, *lady* Phoebe —añadió la señora Ramsey—, no me quedará más solución que desvelar su secreto a toda la buena sociedad.

—¡*Madame*, pero esto es un chantaje!

La señora Ramsey sonrió, enseñando sus diminutos dientes.

—La palabra chantaje es demasiado dura. Charlatana, impostora... he ahí dos términos que no son tan... duros, *madame* Dupree. —Enarcó una ceja, permitiendo que sus palabras calaran en la joven.

Phoebe no podía pensar, se sentía completamente incapaz de hacerlo. Su negocio de confección de vestidos —el

secreto que amenazaba con revelar la señora Ramsey— era un plan que se le había ocurrido hacía dos años, en connivencia con su hermana Ava y su prima Greer. Se trataba de un proyecto nacido de la desesperación, tras la inesperada muerte de *lady Downey*, la madre de Phoebe y de Ava. Después de ese doloroso suceso, su padrastro, lord Downey, se apropió de la herencia de ambas y dejó claro que las casaría a las tres con el primer hombre que pidiera sus manos. Las jóvenes decidieron que necesitaban conseguir dinero de inmediato para eludir semejante destino. Ava decidió casarse bien, Greer partió en busca de la herencia que legítimamente le correspondía, y Phoebe... bueno, Phoebe tenía talento con la aguja. Era lo único que podía aportar.

Siempre se le había dado bien coser, y confeccionar los vestidos de las tres, o bien adornar los que compraban en las exclusivas tiendas de Bond Street similares a aquélla, se había convertido para ella en una afición. La primavera en que *lady Downey* murió, Phoebe tuvo una idea: sacar del armario las prendas de su difunta y llorada madre y transformarlas en preciosos vestidos de baile para luego venderlos. Ava y Greer estuvieron de acuerdo, ya que eso les proporcionaría un dinero que en aquellos momentos necesitaban con urgencia.

Sólo había un pequeño problema: si Phoebe se dedicaba a eso, la buena sociedad se enteraría de que la situación de las jóvenes era desesperada, cosa que, por otra parte, era cierta, y rechazaría a unas debutantes con tan pocos medios, reduciendo así a cenizas sus esperanzas.

De modo que decidieron inventarse a la modista *madame Dupree*, y presentar su trabajo a la señora Ramsey. Le dijeron que se trataba de una famosa modista francesa de París, pero que, por desgracia, se había quedado coja y desfigurada a causa de un accidente de carruaje, por lo que no podía, ni quería, relacionarse con nadie. Phoebe, muy amablemente, se ofreció a actuar como intermediaria

entre la señora Ramsey y *madame Dupree*. Si la primera le proporcionaba las medidas exactas de sus clientas, la segunda les haría unos vestidos que les encantarían, y que serían elogiados por todas las damas de la buena sociedad.

Parecía una jugada perfecta y había funcionado bien durante dos años.

Hasta ese día.

Hasta ese mismo momento.

Phoebe no había tenido indicio alguno de que la señora Ramsey sospechara que ella era en realidad *madame Dupree*, pero al parecer la mujer llevaba ya algún tiempo recelando, pues, cuando Phoebe fue esa tarde para entregarle dos vestidos, la señora Ramsey cerró la puerta de la tienda y le preguntó si podía arreglar un encuentro entre ella y *madame Dupree*.

En ese instante, la joven tuvo la primera señal de alarma.

—Lo lamento mucho, señora Ramsey —dijo con tanta amabilidad como pudo—, pero me temo que va a ser imposible.

—¿Después de tanto tiempo? —preguntó la modista con altanería—. Estoy segura de que a estas alturas ya debe de confiar en mí, *lady Phoebe*. Tengo que hacerle una propuesta muy lucrativa, y además, ella no ha tenido problemas en aceptar verla a usted, ¿no es así? ¿A qué cree que es debido?

Phoebe se puso tan nerviosa que no supo qué contestar. La señora Ramsey siempre había sido amable, sin embargo, ahora, con sus esqueléticos brazos cruzados sobre el pecho tristemente plano, y la vista fija en una hilera de diminutos alfileres, declaró:

—Sé muy bien lo que está haciendo, y estoy completamente decidida a contárselo a todo el mundo.

—¿Lo que estoy haciendo? —repitió Phoebe con una carcajada de desesperación mientras sentía cómo la trampa se cerraba a su alrededor—. Le aseguro que lo único que

hago es entregar los dos vestidos que le encargó a *madame Dupree*.

—¿Y dónde compra exactamente *madame Dupree* la tela que necesita para los vestidos que hace? ¿O también le hace el favor, a esa pobre mujer desfigurada, de comprársela usted?

La cosa fue de mal en peor. A Phoebe se le daba fatal mentir y se equivocaba en las respuestas, hasta que la señora Ramsey la interrumpió con un ultimátum: o se encargaba de confeccionar el pedido que le acababa de hacer un tal lord Summerfield, de Bedfordshire, por una inaudita cantidad de vestidos y otros artículos de ropa, o la señora Ramsey sacaría a la luz el engaño de Phoebe.

Al parecer, el tal lord Summerfield —del que Phoebe no había oído hablar nunca— era hijo del anciano conde de Bedford. Acababa de regresar del extranjero y había descubierto que sus hermanas no habían sido presentadas en sociedad.

Con ese fin, había encargado un guardarropa nuevo para ambas, y estaba dispuesto a pagar un extra para tenerlo listo antes de finales de otoño. El extra era de dos mil libras.

¡Dos mil libras!

La señora Ramsey prácticamente babeaba de alegría al contarlo. Se trataba de una elevada suma, y dejó muy claro que no iba a perderla sólo porque Phoebe se hubiera inventado a *madame Dupree*, siendo como era ella quien realmente estaba detrás de los vestidos de todas las damas de la buena sociedad, sin los cuales al parecer, éstas no podían vivir.

La señora Ramsey le había prometido a lord Summerfield que enviaría a *madame Dupree* a Wentworth Hall al cabo de quince días, para confeccionar allí las prendas que su tienda no pudiera proporcionar. El único problema era que, por supuesto, la tal *madame Dupree* no existía.

Sin embargo, Phoebe decidió que ella no iba a ir a Bedfordshire como empleada de nadie.

—¿En serio? —preguntó la señora Ramsey sarcástica—. No creo que su estimada familia aprecie un escándalo semejante en este momento de su vida política. ¿A usted qué le parece, *lady* Phoebe?

Esta sofocó una exclamación. La señora Ramsey se refería, por supuesto, a lo mismo que Ava y Greer cuando, durante la última Temporada, intentaron convencerla para que dejara de hacer vestidos. Como ambas estaban ya casadas, y además con hombres muy ricos, ya no necesitaban el dinero que les proporcionaba la ocupación clandestina de Phoebe como modista. En especial ahora, que sus esposos, Middleton y Radnor, se habían interesado por el trabajo de sus mujeres en la Sociedad Benéfica de las Damas, una organización caritativa que intentaba ayudar a las mujeres que habían acabado en el asilo de pobres.

Middleton y Radnor habían elaborado y propuesto en la Cámara de los Lores reformas que defendían unos derechos básicos para las mujeres que se veían obligadas a ganarse la vida. Sin embargo, aquellos que se oponían a las reformas, veían en esas medidas un primer paso para otras cosas inaceptables, como por ejemplo, el sufragio femenino y, Dios no lo permitiera, medidas antialcohólicas.

El escándalo derivado de desvelar el engaño de Phoebe sería perjudicial para sus cuñados, y podría llegar a provocar que no se aprobasen las reformas que intentaban llevar al Parlamento.

—¡No puede hacerlo! —exclamó Phoebe—. ¡Usted se dedica al comercio, señora Ramsey! ¡Tiene mucho que ganar con las reformas!

—¡Tengo que obtener como sea las dos mil libras de comisión de lord Summerfield! —estalló—. ¡Son los ingresos de todo un año!

Phoebe apenas la reconocía. Era como el diablo; casi le podía ver unos diminutos cuernos asomando entre sus ri-

ZOS.

Hacía poco que Phoebe había abandonado la casa de su padrastro para irse a vivir con su hermana Ava en la enorme y lujosa Middleton House. Después de una mala noche, durante la cual no consiguió encontrar salida alguna a su problema, se obligó a ir hasta el vestidor de Ava. Esta, ahora marquesa de Middleton, estaba con Jonathan, su hijo de nueve meses. También se encontraba allí Greer, su prima, la reciente *lady Radnor* y princesa de Powys, haciéndole monerías a su ahijado.

Ambas mujeres se fijaron en las ojeras de Phoebe y en su vestido mal abrochado, y supieron que algo iba mal.

Las tres se sentaron en el suelo, formando un estrecho círculo, con Jonathan en el centro gateando entre ellas y emitiendo sonidos incomprensibles mientras Phoebe les contaba la horrible verdad.

—¡Pobrecita! —exclamó Greer cuando su prima terminó de hablar—. ¡Esa bruja no va a salir indemne de esta traición! ¡No te preocupes, Phoebe, ya se nos ocurrirá algo!

La Última Hija Soltera de la Fallecida *lady Downey* —Phoebe estaba convencida de que todo el mundo pensaba en ella exactamente así— no lo veía tan claro como Greer.

—¡Ya sabía yo que estabas jugando con fuego! —gimió Ava—. Sinceramente, Phoebe, tú vives en tu mundo de fantasía sin pensar en las consecuencias de cuando el sueño se convierta en realidad. ¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó su hermana mayor, haciendo una pausa para besarle un piececito a Jonathan—. ¡Va a ser un terrible escándalo! ¡Hay gente que está deseando que pase algo como esto! Y cuando suceda, lord Stanhope no querrá saber nada de ti.

—¿Qué? —gritó Phoebe—. ¿Eso es lo único que te preocupa? —Se inclinó, colocó a Jonathan sobre su regazo y escondió la cara en su cuello—. Ya te lo he dicho mil veces, Ava, no quiero casarme con Stanhope.

—¡Sí, pero mi deber como hermana y amiga es ayudarte a encontrar marido, y me tomo muy en serio esa obliga-

ción!

—No es una obligación, Ava, y la verdad, deberías afrontar el hecho de que cuando una mujer lleva cuatro Temporadas sin obtener una sola proposición, seguir intentándolo sólo empeora las cosas.

—¡Cuatro! —exclamó Greer—. ¿De verdad han sido tantas?

—Cuatro —confirmó Ava, moviendo cuatro dedos ante Greer—. En la primera Temporada, era la más joven de las tres Fairchild solteras, y por lo tanto, la tercera en quien se pensaba. —Dobló un dedo—. En la segunda, murió nuestra madre y estuvimos de luto, ¿no es así? En la tercera no había dinero para acudir a fiestas...

—Por no mencionar el escándalo que organizaste al perseguir al marqués —le recordó Phoebe.

—Es verdad, el escándalo —convino Ava con ligereza, doblando el tercer dedo—. Y en la cuarta, Greer continuó mi escandalosa tradición, y volvió a Londres casada con el esquivo príncipe de Powys, para gran sorpresa de todos, y yo di a luz a mi querido y dulce niño —terminó, dirigiendo una amorosa sonrisa a su hijo.

—Eso son cuatro —asintió Greer, pensativa—. Es asombroso. Gracias a Dios a que, con Stanhope, hay esperanzas.

—¿Por qué? ¿Porque estoy a punto de convertirme en una solterona? —resopló Phoebe—. Voy a volver a decirlo: no me voy a casar con Stanhope y, por favor, no intentéis convencerme diciendo que es uno de los mejores amigos de Middleton, porque él también es pobre y anda buscando fortuna, no un matrimonio. —Depositó un beso en la mejilla de Jonathan. El niño le agarró un pendiente y tiró de él—. ¡Ay, ay! —se quejó, entregándole el pequeño a Greer para intentar recuperar el pendiente de dentro del gordezuelo puño.

—¿Y qué esperas? —quiso saber Ava—. ¿Cómo podemos concertarte un matrimonio si te niegas a dejarte ver en sociedad?